

Christian Rodríguez-Rideau, *Heidegger y la ecología: Pensando la técnica hacia una ecofilia*, Santiago; Ed. Logos Latreya. 2005. 154 pp.

A comienzos de los años 60, tuvo lugar un hecho decisivo para la vida de la humanidad contemporánea. Por primera vez, las personas comenzaron a manifestarse conscientes de una serie de cambios acontecidos en el ambiente que, hasta entonces, habían permanecido casi totalmente inadvertidos; razón por la cual tampoco habían sido atendidos de acuerdo con la importancia que desde ese momento comenzaron gradual y paulatinamente a adquirir. Los ciudadanos comunes empezaron a darse cada vez más cuenta de que, por ejemplo, los ríos habían llegado a convertirse virtualmente en grandes depósitos de basura; la atmósfera de muchas ciudades se encontraba peligrosamente saturada de gases tóxicos; los espacios abiertos de antaño y los lugares silvestres estaban siendo convertidos en autopistas de alta velocidad, en centros comerciales o suburbios industriales; los suelos cultivables se erosionaban mucho más rápido de lo que podían ser recuperados y diversas toxinas de procedencia industrial y agrícola lo iban contaminando todo. En el ámbito científico, la amplitud y la complejidad de esta emergente crisis ambiental desafiaban a los métodos tradicionales de resolución de problemas. Los problemas medioambientales no podían ser aislados, analizados o resueltos con la misma eficacia que otros desafíos de la misma década como, por ejemplo, la llegada del hombre a la luna.

De esta manera, la crisis del medio ambiente llegó a ser percibida menos como un conjunto independiente de problemas físicos, manejable mediante un programa coordinado de soluciones técnicas o ingenieriles, que como la reacción sintomática de una mala adaptación de la tecnología moderna al medio ambiente natural; la que no solo ponía en evidencia su incapacidad para resolver los delicados asuntos concernientes al entorno sino que, incluso, empeoraba aún más los problemas. Por ello, se llegó a pensar por primera vez que si la técnica moderna estaba enraizada e inspirada en actitudes culturales, valores y creencias profundamente arraigadas en la época (el progreso, el desarrollo), el primer y más fundamental paso hacia el mejoramiento de la crisis debía consistir en un programa de crítica *filosófica*. En otras palabras, por primera vez se comienza a reconocer que la “solución” a los “problemas” ambientales, no requería tanto de nuevas tecnologías como sí de una nueva respuesta proveniente más del pensamiento que de la acción, pues, sin duda, las dificultades acarreadas por la técnica no necesariamente se iban a resolver por vía de la implementación de más estrategias de corte técnico. O, dicho más precisamente, que los usos y aplicaciones tanto de las viejas como de las nuevas tecnologías debieran estar guiados y delimitados por una nueva “conciencia ecológica”. Se dio lugar con ello, entonces, a la irrupción de toda una reflexión referida a las relaciones del hombre con su entorno que, con el paso del tiempo, fue adquiriendo fuerza expresiva y poco a poco comenzó a instalarse en la escena de la discusión contemporánea como un tópico irrenunciable del debate, siguiendo la senda de lo que un par de décadas antes había planteado el notable conservacionista Aldo Leopold en referencia a la necesidad de ampliar el criterio con que se empleaba la técnica en vez de sustituirla por otra más avanzada.

Ello es, precisamente, lo que se da a la tarea de revisar Christian Rodríguez-Rideau en este texto (prologado extensamente por Jorge Acevedo), a partir de la matriz comprensiva que le proporciona la reflexión acerca de la técnica moderna acometida por Heidegger en algunas de sus obras quizás más significativas en este sentido, como son, por ejemplo, el opúsculo *Construir, habitar, pensar, La pregunta por la técnica, Hebel, el amigo de la casa* y el ya clásico *Serenidad*, que –contra toda la ortodoxia hagiográfica local heideggeriana, por cierto,– muchos han querido ver como un verdadero manifiesto inspirador del ambientalismo.

El autor comienza por establecer una distinción que, a la postre, resultará esencial para los propósitos del escrito. A partir de su primera formulación decimonónica (Haeckel 1870), el término “ecología” habría venido experimentado importantes transformaciones comprensivas, que lo habrían desplazado semánticamente desde una aproximación epistemológica de nivel puramente individual (modelo cartesiano, paradigma darwiniano) a otra que se ha permitido ampliar el sentido de la unidad básica de estudio hasta alcanzar el más complejo nivel de lo ecosistémico. Aquí, la renombrada hipótesis Gaia (el planeta Tierra como una criatura viva), de Lovelock y Margulis, sería, a juicio de Rodríguez-Rideau, un buen ejemplo de este giro y habría llegado a constituir una suerte de expresión emblemática del carácter holístico y *contrantropocéntrico* del mejor ecologismo contemporáneo, tal como busca ilustrarlo mediante la descripción de los tipos de ecología hasta ahora existentes (antropocentrista, extensionista y biocentrista).

No obstante lo anterior, y como el autor parece no convencerse en cuanto a la posibilidad de que el problema de pensar adecuadamente el vínculo hombre-naturaleza-técnica quede definitivamente resuelto en la apuesta ecologista tradicional, en cualquiera de sus modalidades, en la segunda parte del libro entra de lleno en el examen de lo que sería la diferencia entre una concepción correcta y una concepción verdadera de la ecología, que deriva de la distinción semejante ofrecida por el propio Heidegger en relación con las determinaciones de la técnica, en la que resuena con fuerza, entre otras, la conocida contraposición pensar calculante-pensar meditativo (reflexivo).

A partir de aquí, Rodríguez-Rideau ya no hace otra cosa que explorar una serie de tópicos característicos del pensamiento heideggeriano postrero, intentando avanzar –desde una irrestricta proximidad con ellos y auxiliado por una profusa inclusión de citas extraídas del corpus respectivo– hacia la definición de su propia hipótesis, en la que busca asimilar esa concepción verdadera de la ecología de la que nos ha hablado, a la noción de *Ecofilia*.

Dicha fórmula conceptual no se circunscribiría solo a aquello a que habitualmente se refiere el sentido común para mentar los problemas medioambientales, ya que, por cierto, desde las visiones y propuestas de solución ecológicas corrientes no se alcanzaría de ningún modo a exceder el dominio planetario de la técnica que ha terminado por convertir a la naturaleza en una “gigantesca estación de servicios”, según reza el *dictum* heideggeriano y que nuestro autor hace propio sin reservas.

La ecofilía correspondería, más bien, a la “propuesta para una habitación más auténtica” (p. 139); es decir, al modo como los mortales están sobre la tierra y bajo el cielo; a ese modo del habitar definido por la “serenidad ante las cosas”, la “apertura al misterio” y la “autoctonía”, disposiciones (si se pudiera decir así) desde las que el pensador de la Selva Negra –como bien sabemos– encarama a aquello “... digno de ser considerado como un problema [que] ha crecido entre tanto hasta lo inconmensurable, hasta lo impenetrable, y [que] arrasa a nuestra época no sabemos hacia donde”, según sus palabras.

La alusión al proyecto Biosfera II (Arizona, EE.UU.) le permite a Rodríguez-Rideau, ya en las páginas finales de su trabajo, constatar la futilidad de todo planteamiento ecologista que no logre el desasimiento (*Gelassenheit*) de la técnica, ese decirle sí y no simultáneamente al mundo técnico que implica la verdadera serenidad ante las cosas. Así, nos plantea el autor –haciéndose eco del presupuesto heideggeriano–, “los mortales habitan en cuanto acogen al Cielo como Cielo. Dejan su curso al Sol y a la Luna, su ruta a las Estrellas, a las estaciones del año su bendecir y su inclemencia, no convierten a la noche en día y el día en fatiga llena de ajetreos”. Y, claro, porque sería el “Amigo de la Casa”, aquella figura poética del *ecofilós*, el que lograría finalmente “hacer campesino el universo”, donde este “hacer campesino” tiene el carácter de una habitación humana más auténtica, según lo establece como cierre discursivo nuestro autor, mediante una proposición cuya resonancia muestra evidentes concomitancias de pensamiento y biografía.

RAÚL VILLARROEL